LUIS ESTESO

Monólogos picarescos.

CONTIENE VEINTIDÓS COMPOSICIONES

CON UN JUICIO CRITICO DE BENAVENTE

3.ª edición.

Dos reales.

MONÓLOGOS PICARESCOS.

434:14

MONÓLOGOS PICARESCOS

DE

LUIS ESTESO

CON UN JUICIO CRÍTICO DE BENAVENTE

CONTIENE EL CRIMEN, MERCADO,
SERMÓN MÍSTICO, REUNIÓN ALEGRE, PREGÓN, Y OTROS
HASTA VEINTIDÓS COMPOSICIONES

TERCERA EDICION

MADRID
ENCOMIENDA, 20
1912

Estos monólogos son propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirlos ni representarlos en España. Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados de cobrar los derechos de propiedad.

Para representarse cualquiera de estos monólogos hay que atenerse á lo que indico en *Rebuznos de Luis Esteso,* si no quiere el actor quedar conmigo como un cochero, caso de que no lo sea.

Los derechos de traducción... ¡pal gato!

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta Crespo.—Barquillo, 12.

MONÓLOGOS PICARESCOS

ACTO ÚNICO

El actor que, empujado por el hambre, se vea en la triste necesidad de recitar estos monólogos, debe decorar la escena con arreglo á su decoro y aseo personal, sin caracterizarse apenas, sino en aquellos que por su *calidad* lo exijan.

Por si el triste de referencia no hubiera leído *Rebuznos de Luis Esteso*, tómese la molestia de anunciar en el cartel, «cuando decidido se halle», *Tipos populares*, y haga por que se paguen los derechos que por derecho propio me corresponden.

Recite el aludido aquellos que tuviera por conveniente, y procure que el público se ría todo lo posible. Nada de hacer comparaciones odiosas entre la gracia de estos monólogos y la que tengan los trabajos de autores ya celebrados.

Marque las frases intencionadas, pues á nada se expondrá sino á que se celebre su

buena intención, que se demuestra desde el momento que se trata de pasar el rato, sin complicaciones ni propósitos de alcanzar otra cosa que el pan nuestro.

Y para mayor tranquilidad de todos, deje sin recitar estos monólogos, que otros mejores esperan regocijar al público, tan pronto como se vean en tus manos maravillosas.

Mas, si por todo saltas, ¡oh, hambriento hermano y compañero! cuenta con mi cariño, que no solo brindo al que recita mis versos, sino al paciente que escucha los desapacibles ripios de mi pluma sin romperme el bautismo de un trancazo.

UN FRESCO

(MONÓLOGO ALGO SERIO)

Maldita sea la hora
en que la ví en la Carrera
de San Jerónimo, y tuve
la desgracia de quererla.
Era yo entonces un golfo
con una afición á prueba...

¡Qué tacto, con qué finura
me apropiaba de la prenda
más difícil!... Y una noche,
rendido á las plantas de ella,
sentí frío, recordando
mis angustiosas quincenas,
y *le* juré, por mi madre,
no afanar otra cartera.
Yo te llevaré—me dijo—
más limpio que una patena,
aunque para mantenerte
trabaje como una negra.
En tu industria, de seguro,
triunfos ruidosos te esperan;
pero mi amor sabrá darte
la más grata recompensa...
Y pasamos varios meses
sin que una palabra fea
entristeciese la dulce
placidez de mi vivienda.
Yo la esperaba de noche,
y, al terminar su faena,
cenábamos; bien conejo,
bien tortilla, bien almejas,
ó bien ostras, y de postre,
muchas veces, una pera.
Fuí felíz, porque la pobre
me aguantó ciertas rarezas,
reservándome lo que á otros
negó, sencilla y discreta,
porque la Felipa nunca
tuvo pelos en la lengua.
Y no pasó un solo día
sin darme cinco pesetas,

para que ante mis amigos
levantase la cabeza
y pudiera colocarla
á la altura que cualquiera.
Pero como tó en la vida
tié su fin... salió pa Archena
con dos amigas, que estaban
deseando correr tierras,
y me dejó en los madriles,
sin despedirse siquiera,
porque, para separarse
de mí, le faltaban fuerzas.
El portero, cuando á casa
regresé, me dió una esquela
que decía: «No me culpes
si con esta ligereza
te excito; pero deberes
de mi profesión me llevan
adonde hallaré la dulce
salud que mi alma desea.»
Lo ví tó negro: cocido,
alegría, amor, vivienda,
y sentí dentro del alma
derrumbarse entre tinieblas
aquella paz, que me hacía
el más felíz de la tierra.
¿Qué hacer yo sin entusiasmos?
¿Falto de fe en la pelea,
y habiendo olvidado aquellos
timos, que en mi edad primera
me alentaron?... Los pañuelos
no daban más que miseria...
Los relojes... pocas veces
suelen valer lo que cuesta

robarlos... Y en un arranque
de dolor, me hice la cuenta
de perderlo tó, y me puse
á escribir una zarzuela.
Y... ¡lo que somos los hombres!
empecé á hilvanar escenas
con tal suerte, que, aunque muchas
no tuve más que cogerlas,
ni Dios se metió conmigo,
y al fin estrené mi pieza,
que hoy anda de mano en mano
de las tiples que más bregan.
Pero ¿qué logré con esto?
¿Qué gano si las comedias,
además de hacerme rico,
me dan nombre de poeta?
Ser uno de tantos tíos
que se las dan de eminencia,
pues Juan Palomos hay pocos
y autores los hay á espuertas.
¡Maldita sea la hora!
Porque yo, sin conocerla,
hoy sería algo en el mundo,
y así no soy más que un berzas.
Ella tronchó con sus mimos
la flor de mi edad primera,
y al tronchármela, no supo
alentarme á cosas serias;
¿por tí voy á hacer juguetes
y dramas?... ¡Maldita seas!

EL MERCADO

Lo digo de veras, aunque me deslomen,
no quiero en mi vida saber lo que comen,
ni los empleados del Ayuntamiento,
ni los de Marina, ni los de Fomento.
Y esto lo refiero, porque el otro día
del brazo al mercado me fuí con mi tía.
¡Qué burdel, Dios mío! ¡Cuántos vendedores!..
Había allí peces de todos colores.
Junto á una señora, por cierto muy fea,
que tiene tercianas y vende jalea,
grita un tartamudo que anuncia un ungüento
para el desarrollo... del conocimiento,
y para los granos, y para las pecas,
y para que engorden las chicas entecas.
¡Cuántas verduleras vendiendo verduras!
¡cuántos carniceros! ¡cuántas asaúras!
Borregos colgando silenciosamente.
Guardias rencorosos bebiendo aguardiente.
Junto á tres espuertas llenas de cangrejos,
hay una muchacha que vende conejos.
—Mire usted qué hermosos, y qué riñonera;
esto es un conejo que encanta á cualquiera.
No ofrezca usté en broma; ¿lo quiere ó lo dejo?
Por una peseta le doy el conejo.
Puestos de patatas, puestos de tomates,

hueveros que dicen dos mil disparates.
—Grito porque quiero que me oigan los sordos;
¡á ver si hay quien tenga los huevos tan gordos!
Bujías que alumbran. Sartenes baratas,
que además del rabo tienen sus tres patas.
—Capones que engordan sin los espolones;
¡no he visto en mi vida mayores capones!
—¿Quién quiere una fuente?
—¿Quién quiere una olla?
—¿A qué caballero le doy esta polla?
—Deme usted la lengua.—No la parta más.
—A mí por el lomo.—A mí por detrás.
—Yo quiero entresijos.—Yo quiero higadillas.
—Yo quiero riñones.—Yo quiero costillas.
Y entre el torbellino de la gritería,
mientras le llenaban el cesto á mi tía
con tres pescadillas como tres tenores,
de esos que pululan en paños menores,
con seis calabazas de la última cría,
como diputados de la mayoria...
yo, absorto, miraba más de mil serones,
llenos de sandías, llenos de melones.
Hombres y borricas que arrastran verduras,
perros y ambulantes que venden unturas.
Y dije: «Recontra, me importa tres pitos
que haya en el mercado más de mil cabritos.
Nada me interesa saber lo que comen
todas esas gentes que llenan su abdomen
con trozos de cerdo, con trozos de atún,
y con otros trozos más feos aún.
Que compren y coman; ¿qué se le ha de hacer?
Lo peor es que hay muchos por ahí sin comer.»

BENDITA MUELA

Yo me sargo medio loco.
¡Bendito dolor de muelas!
Pero cuidao que resisten
las mujeres... Si no es ella,
si no es mi mujer, que tiene
un genio como una fiera,
se le queda entre las manos
al dentista. ¡Que tío bestia!
En cuanto ha visto el bujero,
mete mano á la herramienta,
y en vez de darle un calmante,
como hubiese hecho cualquiera,
mé la pone boca arriba...
(lo que es yo no he querío verla)
y le ha dao cuatro tirones
que le ha hecho ver las estrellas.
Gracias á que mi señora
tiene mucha resistencia
y no ha dicho una palabra
hasta no vérsela fuera.,.
Pero si es á mí, me tiene
sin sacármela hora y media.
No sé ni cómo ha podío

pasar las noches enteras
con ese dolor tan grande,
sin exhalar una queja.
Lo que es yo, cuando el dentista
le dió el tirón de la muela
y se la puso en la mano,
y ella se quedó tan fresca
mirándola, y él me dijo:
«Fíjese usté en que está hueca»,
sentí un mareo y un ansia
que por poco hinco la jeta.
Y es que para ciertas cosas
no sirvo... Si me tuvieran
que arrancar á mí un colmillo
por enfermedá ú dolencia
(el Señor no lo permita),
lo que es como no me dieran
el cloroformo... ni el Nuncio
se me acercaba á dos leguas.
Ya sale. Jesús, no he dao
en mi vida tres pesetas
más á gusto, porque llevo
catorce noches en vela,
y en diciendo que yo caiga
sobre el catre de tijera,
voy á quedarme hecho un tronco.
¡Bendito dolor de muelas,
y cuánto nos da que hacer
una cosa tan pequeña!

¿ME QUIERE?

Vaya, señoritas, yo quiero casarme;
tengan el obsequio todas de escucharme,
antes que con otra pueda amontonarme.
Sobre todo, quiero que sea mi esposa
dulce sin exceso, buena y cariñosa,
aunque, por desgracia, no tenga otra cosa.
Ya ven que no pido nada extraordinario;
le exijo tan sólo dulzura á diario,
que es del matrimonio lo más necesario.
Para que no sufra ningún accidente,
no quiero amistades con ningún pariente,
porque en estos casos es muy conveniente.
Y aunque, por desgracia, carezca de dote,
que jamás me riña, ni que me alborote,
y sí me alborota, que nadie lo note.
Que no tenga miedo de ningún fantasma;
porque si se azora, se excita y se pasma,
que vaya á otro bulto con su cataplasma.
Que no crea en brujas, ni en hechicerías,
ni huya de ratones, ni en sus letanías
baraje mi nombre por las sacristías.
No quiero que tenga ni perros, ni gatos,
ni que á cada instante se queje de flatos,
ni que con sus celos me dé malos ratos.

Pues si con sus celos labra mis desvelos,
y por mis desvelos me arranco los pelos,
maldita la gracia que tienen los celos.
De meterse en chismes quiero que se guarde,
y que ante el espejo jamás haga alarde,
ni que de la cama se levante tarde.
Tampoco me gusta que luzca el desnudo,
ni baje el escote, porque yo estornudo,
si ella se constipa, y eso es pistonudo.
Lo que se le antoje lo tendrá al instante;
pero si es su estado muy interesante,
que no me atosigue, ni sea cargante.
No la busco rica; lo que Dios le dió
quiero que me traiga. Nada, porque no
tolero que tenga tanto como yo.
Antes que posea la manía ingrata
de saber de leyes y ser literata,
la prefiero tuerta, tartamuda, chata,
terca, necia, ruda, locuaz, mentirosa,
fisgona, voluble, gazmoña y golosa,
porque de seguro no es tan espantosa.
Y no hablemos de esas que toman á risa
las cosas más serias, y, por ir de prisa,
llevan de seguro rota la camisa.
Ni de las que viven llenas de ilusiones
y van enseñando por los espolones
la descolorida piel de sus talones.
Estas advertencias no echad en olvido;
conque la que quiera tener un marido,
que no ponga en duda que estoy decidido.
Y si antes prefieren conocerme á fondo,
me someto á prueba, porque no respondo
de que una exigencia de mala intención
siembre un mar de penas en su corazón.

EL CRIMEN

Padres los que tengáis hijos,
hijos que tengáis parientas,
parientas que tengáis primos,
y primos que tengáis suegra.
Mirad qué crimen más feo
en la provincia de Cuenca
cometieron tres ladrones
á eso de las doce y media.
Con un hacha, tres pistolas,
dos sables y una escopeta,
saltaron por una tapia
lo mismito que tres fieras.
Encuentran por fin al amo,
lo sacan en camiseta
y en el corral, con el hacha
le cortan brazos y piernas.
Buscaron á la criada,
y debajo de la artesa
la encuentran con el criado,
que estaba acostao con ella.
Y entonces el más canalla,
sacando un arma tremenda,
se tira sobre la chica,
que era andaluza y soltera.
Los otros dos asesinos

con el criado se enredan,
y el más viejo por delante
y el más joven á la inversa,
lo pusieron de pinchazos
lo mismito que una breva.
Y no contentos con esto,
lo cogen de la cabeza,
y al tenérsela en las manos
se la cascan con dos piedras.
Muerto el amo, muerto el mozo,
y la joven medio muerta,
los asesinos sacaron
morcillas de la despensa
y las frieron con vino,
y después, con las tijeras
destrozaron una sábana;
se llevaron dos pesetas...
Y á un santo Cristo de barro
le dicen cosas muy feas,
y el santo Cristo se calla
pa descubrir la tragedia.
¿Quién quiere, por cinco céntimos
tomar la parte primera?
Ahora, en la segunda parte,
damos del suceso cuenta,
donde se ve que el que mata,
asesina, roba ó quema,
muere á manos del verdugo
como murió Luis Candelas,
como murió Juan Palomo
y otros mil de su ralea.
¿Quién quiere, por cinco céntimos
tomar la parte primera?
Padres los que tengáis hijos,

hijos que tengáis parientas,
mirad qué crimen más feo,
en la provincia de Cuenca
cometieron tres ladrones
á eso de las doce y media.

UN INGENUO

Aunque no soy ninguna cosa extraña,
hé tenío muy buenas proporciones,
porque sé darme maña
pa atrapar corazones.
Ahí está la menor de doña Antera,
que es una mocetona de primera
y que no me disgusta,
porque aunque se le nota la cojera,
tié unas cosas que asusta.
Y, á pesar de estar coja,
corre sin descansar si se le antoja.
A la madre de la chica le parece
cosa muy natural que no tropiece,
y no está libre, por lo que se fía,
de tener un tropiezo cualquier día.
A veces queda absorta
viéndose la derecha un poco corta;
pero exclama la madre, satisfecha:
«La tienes corta, pero muy derecha,
y si das á elegir, no cabe engaño,

porque cada una tiene su tamaño.»
También me idolatraba Dorotea;
una que tié un lunar... bueno, ande sea;
porque aquí lo más grave
es que el sitio en que está nadie lo sabe.
Tan solamente al cura,
por no sé qué razón, se le figura
que debe de tenerlo junto al codo;
y como de aclararlo no halla modo,
porque á la Dorotea
no hay, ni por soñación quien se lo vea,
y como á mí tampoco me conviene
meterme en si lo tiene ú no lo tiene...
dejo lo del lunar, porque no hay duda
de que es una cuestión muy peliaguda.
La que más me adoró fué la Ruperta;
una chica que estaba medio tuerta
de un ojo nada más, y que tenía
una cintura así y un pelo rojo...
y tanto me quería,
que ingrato la olvidé, y desde aquel día
¡no le ha vuelto á entrar nadie por el ojo!
¡Ninguna rechazó mis pretensiones;
pero no puedo estar en relaciones
porque sufro al pensar en que, al casarme,
pudieran, atrevidas, pellizcarme...
Y es que soy tan nervioso,
que al mirarme una vez, pierdo el reposo.
Nada, estoy convencido
de que no sirvo así para marido,
y me voy á salir de mis casillas.
Señor, oye mis quejas lastimeras:
quítame las cosquillas
y dame una mujer, ó las que quieras.

SERMON POPULAR

(Este sermón — antes de ponerlo yo en verso—andaba de mano en mano, sin encontrar padrino, ni alma cándida que lo **reconociera**, *y hoy, que las galanuras de la rima le cubren las formas con un trajecillo de punto vergonzante, me lo apropio cínicamente, demostrando que, al sacarlo de pila, no tengo inconveniente en darle mi nombre y apellidos. Y si su verdadero padre protesta, yo creo que su «mamá», la Musa, declarará que tengo en él más parte que el que tan sucio lo engendró.)*

Dulces hermanas, viejos sempiternos,
amadas viudas y dolientes niñas:
Oráculo internorum benjumea,
virgo enquencle, que dijo Santa Rita;
recordatorum del placer y el goce,
recostatis durmierum, hijas mías...
(me refiero tan sólo á las que se hallen
en el mes de las flores de María.)
Para que os cubra el protector apóstol
con su fe y con su luz dulce y divina,
poneos debajo de mi excelso manto
hasta que os venga la anhelada dicha;

y comprendáis los goces y tormentos
que han de salvarnos de la eterna ruina.
Esa fe, que se oculta entre unos pliegues,
ignorados aún, saldrá á la vista,
y os la iré introduciendo como pueda
con amor, con paciencia y con saliva.
Vuestras almas, cual plantas sin cultivo,
la bendición del cielo necesitan,
y yo os la dejaré dentro del alma,
porque me ocupo en ello noche y día.
Ahí tenéis á ese padre misionero
que lleva á la sazón barba corrida,
el padre Restituto, que ha salvado
de la vil tentación que el hombre anida,
á un guarda de consumos, tartamudo,
y á un señor que tocaba la ocarina.
¿Y cómo los salvó? Con su influencia.
Cuando sus fieras armas esgrimían,
y ya se iban á dar, entre las sombras,
mutuamente furiosa acometida,
se tiró por detrás al más cercano,
con los brazos abiertos, y las iras
del contendiente, al contemplar al padre,
hincado en el asfalto la rodilla
y levantando al cielo la cabeza,
fueron, á su pesar, desvanecidas.
¡Milagro!, repitieron, y en sus pechos
sintieron un torrente de alegría
y estrecharon al padre, devolviéndole
toda la mansedumbre recibida.
Por la senda que va derecha al cielo
quiero que caminéis más que sumisas,
yendo yo siempre encima de vosotras,
por si acaso el demonio os mortifica.

Y borrando la duda en vuestras almas
y abriéndoos á la luz todas las dichas,
os mostraré la planta milagrosa
del divino Creador; venid tranquilas
y besádsela todas, mientras tanto
que recibís la dulce bienvenida.
Llegad hasta su planta, y silenciosas
pedid perdón, que el cielo nos bendiga,
y sin otro embarazo que el del llanto,
lleguemos con amor á la otra vida.

EL FUEGO DE ANOCHE

A las altas horas de la noche
se inició un terrible incendio
en la calle de la Monja,
número siete, tercero.
Una joven que pasaba
por la calle, al ver aquello,
llamó á un guindilla y le dijo:
«Ande usté y déle al sereno
parte de lo que sucede,
que el caso no es para menos.»
Este buscó al vigilante,
y el vigilante al momento
sacó su pito furioso,
se aproximó al agujero,
y despertó á los vecinos,

y al poco rato se vieron
en la calle de la Monja
más de cuarenta bomberos.
Los vecinos se asomaban
á los balcones con miedo,
porque iban en calzoncillos,
y algunos iban sin ellos.
Y las vecinas sacaban
con cierto temor el cuello,
tapándose con toallas
lo más saliente del cuerpo.
A pesar de los auxilios
prestados con ardimiento,
la casa número siete
se vió envuelta por el fuego,
y la Monja se hizo un charco
en los primeros momentos.
Los que habitaban la casa
por los balcones salieron
y con cuerdas se soltaban
igual que titiriteros.
Pero donde fué la gorda
es en el piso tercero.
Lo ocupaba doña Rita
Sánchez, que tiene colegio
de niñas, y que en el acto
se hallaban todas durmiendo.
Las llamas se apoderaron
de los muebles de más precio,
quemándose una bandurria,
seis cofres, siete baleos,
un fonógrafo y el marco
de un cuadro pintado al fresco.
Y cuando entraban las llamas

en la alcoba, los bomberos
se tiraban á las chicas,
sacándolas desde el lecho
chorreando, y se bajaban
con ellas, por dar ejemplo.
Por fortuna, las desgracias
personales se debieron
á un joven que doña Rita
tenía de morillero,
y un chico de Santa Elena
que vino desde su pueblo
á ocuparse, según dicen,
en asuntos del comercio.
En la sección de mañana
á primera hora daremos
noticias sobre el asunto,
con retratos de los muertos
y algunas declaraciones
que los vecinos han hecho.
Se han quemado totalmente
las labores del colegio
y las cartillas de todas
las chicas, en el incendio.

LA REUNIÓN ALEGRE

Pues sabe el que no es bisoño,
tratándose de este asunto,
que ni en Madrid, ni en Logroño,
encuentra un fraile hoy un... punto
donde pasar el otoño.

Fr. Juan Tibulo Aspergas.

¿Quieren ustedes saber
los que van á la reunión
de Camilo Meseguer
y Sandalio Santurrón?
Va don Arturo, un sujeto
que es hombre muy divertido
y que me tiene... respeto
sin habérselo pedido.
Va el gracioso Paco Cruz,
un señorito guasón,
que dicen que es andaluz
aunque ha nacido en Chinchón.
No falta en su propio coche
un señor bastante chulo
que ahora toma por... la noche
café con Joaquín Angulo.
Va doña Rita Carrizo,

que es una buena jamona,
aunque dicen que es... postizo
el pelo de su persona.
Van las hijas de Calixto,
dos muchachas casaderas,
pero que son... por lo visto
divertidas y ligeras.
Las sobrinas de Madrazos,
van alegres y coquetas
pero con un par de... ojazos
que desunen las chaquetas.
En fin, qué gentes irán,
que para ir á la reunión
hay que ponerse... gabán
con la mejor intención.
Allí se toca el violín,
allí se canta al trabajo,
y allí se manda á... Pekín
al que tiene desparpajo.
Ayer fuí con un amigo
que va á la reunión de gorra,
un tío con un... abrigo
que le mandaron de Andorra.
Llego, la gente me mira,
y un tal Conrado Sorolla
quiso tocarme la... lira,
que es donde él se desarrolla.
Se reían las muchachas,
y decía Juan Quiñones
que le toquen los... borrachos,
que alegran los corazones.
Y después, como á un idiota,
para alargarme la dicha,
uno me tocó la.., jota

y otro tocó la matchicha.
Me resultó la reunión;
pero me dijo don Blas
que á él le dieron por... su acción
un duro, y no vuelve más.

UN MANGUERO

Ahí va, ¿eh?... ¡Maldita sea!
Apártese usté. Cochero,
tira pa alante... Señora,
que voy á calarle el perro,
y es lástima que se mojen
los animales pequeños
na más. ¿Dice usté que es perra?
Gracias; me alegro saberlo;
soy míope, y no distingo
la diferencia del sexo.
Vaya un curda; á que se mete
debajo del chorro... ¡Agüelo,
que mancho! Si no valiera
más que darle gusto al deo,
ahora mismo destapaba
y ¡zas! le mojaba el terno.
Pero cuidao que nos tienen
ojeriza á los mangueros.
Lo que es cuando un señorito

se me INTERPONE por medio,
con qué gusto destapaba
y ¡zás! le mojaba el terno.
¡Pos, y cuando encuentro un fraile
descalzo con cuatro pelos
al redor de la mollera
y quince arrobas de peso,
que me dice desde largo,
dándose golpes de pecho:
«Aparte el chorro, hermanito,
y mire cómo me veo»,
con qué gusto destapaba
y ¡zas! le mojaba el terno!
Anda, que cuando un frescales
sale por ahí de paseo,
demostrando simpatías
impropias de un hombre serio,
y en cuanto me ve la manga
se le estremece to el cuerpo...
¡Con qué gusto le apuntaba
y ¡zás! le mojaba el terno!
El día menos pensao
me busco un disgusto serio;
porque si encuentro á La Cierva,
con la rabia que le tengo,
le mancho los pantalones
y después le mojo el resto;
porque, ¡á ver quién me prohibe
que yo le dé gusto al deo!

A LAS BAÑISTAS

Si van á los baños, no tienen talento
todos los que sufren un padecimiento,
pues seguramente que en los balnearios,
repletos de duques, archimillonarios,
el que va hecho cisco por el interior
á los cuatro días se pone peor.
No dudo que sean muy medicinales
y ferruginosas las aguas termales;
¿pero que se curen ciertos sufrimientos?
ríanse de muchos establecimientos
donde se promete volver la alegría
al que le cortaron lo que más quería,
ó donde aseguran volver al paciente
la moral que tuvo cuando era decente.
En los balnearios donde se disipa
la *jorobaditis*, se encoge la tripa,
se adelantan bríos, se quitan las pecas,
y las hembras gordas se ponen entecas,
van, seguramente, los hipocondríacos,
que al mirar las aguas se ponen más flacos.
Van los que, fingiendo soltura de ombligo,
buscan á la esposa de cualquier amigo.
Van los que padecen *amor instantáneo*,
y en vez de curarse del humor cutáneo,
se declaran á una señora formal
que lleva con lañas la espina dorsal.

Hay quien á unas aguas va con el marido
porque un mal agudo lo tiene encogido,
y aunque la señora, dale que le das,
le hace tomar aguas, se le encoge más.
¡Oh, dulces enfermas y alegres bañistas,
que en los balnearios os pasáis de listas!
No busquéis remedios para vuestros males
tomando en verano las aguas termales.
Si vuestros estómagos no se encuentran [buenos
y tenéis un trozo de riñón de menos,
y os falta dinero, y, por desventura,
tenéis demasiado grande la asadura,
encoged los remos y ahuecad las alas,
porque lo que sobran son mujeres malas.

ADVERTENCIAS

(DE UN EMPRESARIO DE «CINI»)

Señores: Va á dar prencipio
la sección que en el pograma
se anuncia, y como que anoche
tuvieron ustés á gala
el tomar á pitorreo
la función, voy á hacer varias

advertencias, pa que el pollo
que no esté conteste, salga
y recoja de taquilla
los veinticinco del ala.
Yo reconozco que anoche
la *Bella Relincho* estaba
demasiao provocativa;
pero, ponerse borracha,
no se puso... La alegría
fué porque llegó de Ocaña
su padre, que ha estao recluso
dos años y tres semanas,
y el natural regocijo
la acompañó hasta las tablas.
Me costa que las artistas
que actúan en esta casa
no son ningún *Ermetes*
Novellis, pero no faltan
en jamás, porque las chicas
en la vida se propasan
á hacerle á nadie *un desaire*
con los deos, y si cantan
cupleses recreativos,
porque no les tira el drama;
como decentes, se pueden
rozar con la aristocracia.
Y respective á las madres
de las referidas damas,
ruego al público que tenga
la bondá de no mentárselas,
porque hay entre ellas algunas
gachís con toa la barba,
que están entre bastidores
mordiéndose las entrañas,

y el día menos pensao
le parten á alguno el alma.
También ruego al respetable
que, tan pronto como salga
la joven esa extranjera
que hace el ejercicio en mallas,
se abstenga de hacer el burro,
porque está á obscuras la sala
y hay momentos que paece
que estamos en una cuadra.
Y á ver si vá á poder ser
el que, por lo menos, haya
menos chuflas con el chico
del telón; que si las faldas
no le tiran, porque tenga
inclinaciones contrarias,
tampoco exige su cargo
ser liviano de piara.
He dicho. Y para que vean
que esta empresa no repara,
mañana va á hacer *La pulga*,
ligera de indumentaria,
la *Bella Ingle*, que es el último
grito de la poligamia.

EL TREN

Les vi llegar al andén
(no es cuento que maravilla);

sé que tomaron el tren
con dirección á Sevilla.
Se oyó el pito de repente,
tendió su manto la noche,
y quedaron frente á frente
los dos en el mismo coche.
Al contínuo traqueteo
del vagón, que iba volando,
movidos de igual deseo
se miraron suspirando.
Siguió el tren en su carrera
levantando brusco el pito,
sin notar que en un primera
sonaba un agudo grito.
Y la audaz locomotora,
con su estruendo salvaje,
interrumpía, triunfadora,
la soledad del paisaje.
Luego, nada; convulsiones,
naturalmente, del roce,
y los dulces apretones
que todo el mundo conoce.
El diablo haciendo su oficio,
un hombre que se divierte,
una hembra lanzada al vicio
por azares de la suerte...
El tren que para, el silbato
que anuncia nueva carrera...
y yo, pasando un mal rato
en un vagón de tercera.

UN HUELGUISTA

No cierre usté si no quiere,
que no me voy. Ya estoy dentro.
Ya estoy en casa; ni más
ni mangas que mi casero,
que me amenaza á ca instante
con ahuecarme... Estoy viendo
que no puen dormir los guardias
si no me tien á cubierto.
En cuanto ven que prencipio
á dirigirme al Gobierno
pa derribarlo, me cortan
el hilo sin miramientos,
y á la sombra. Y mientras tanto,
mis queridos compañeros
de huelga, huelgan en masa,
sin luces y sin criterio.
El huelguista que se aprecie
de socialista algo périto,
debe de *holgar* por sus propios
instintos, sin alzamientos,
y sin cabezas que manden
el paro. Porque si huelgo
yo, por mi propio motivo
y no hago ná, porque alego

que no me sale... ¿Qué Pablo
Iglesias me hace á mí bueno
que debo de hincar?... A mí
no me tuerce mi derecho
ninguno, porque con tal
de hacer mi gusto, si veo
que tó Dios lleva boína,
yo no me quito el sombrero
del casco pa demostrarles
que á mí me da poco el pueblo.
Como hablar mal de los frailes...
¿En qué país culto y serio
se ha visto? Máxime cuando
los frailes son los primeros
que te animan al trabajo,
y que te dan buen ejemplo,
privándose de ir á *cines*
y á toros y otros recreos;
y si ven que tu señora
te sale alegre de genio,
de tal forma te la cogen
y le meten tanto miedo
con la otra vida, que ascape
le entra el arrepentimiento.
Lo que hay es que cuatro golfos,
enemigos del progreso,
pregonan tó lo que puede
perjudicarle al obrero.
Y yo les llevo la contra,
y en lo dicho me mantengo.
¿Habiendo delegaciones
cómodas y con aseo
va un individuo decente,
como yo, á dormir al fresco?

Y habiendo huelga perpetua,
¿voy yo á trabajar? Me alegro
de ser como soy... ¡Que pidan
trabajo los inexpertos;
que yo, en diciendo que tenga
quien me cuele en un convento,
me esquilo el testuz y me hago
treinta nudos al izquierdo,
y me calzo las sandalias,
y me purgo, y me confieso,
y á hacer penitencia! Y fuera
de sociedades y centros,
y á vivir como Dios manda,
porque más vale ser neo
de afición, que socialista,
si se ha de ganar el cielo.

EL FRAILE

Como si eso de adorar
careciese de importancia,
penetró un fraile en la estancia
de la inocente Pilar.
Pilar era una mujer
de belleza tan bravía,
que al verla un hombre sentía

un espasmo de placer.
Alto el pecho, negros rizos
cayendo sobre la almohada,
y lanzando en la mirada
un ejército de hechizos.
El fraile, cuando la vió,
sin poderse detener,
quiso escapar á correr;
los faldones se agarró,
y como si se sintiera
transportado á otras regiones
le restregó los... faldones
á Pilar por la cadera.
Fué un momento de agonía
lo que pasó por Pilar,
mas no se pudo esperar,
porque al fraile le... dolía.
Queriendo apartar de sí
al demonio que llegaba,
la pobre Pilar gritaba:
«A quien le... duele es á mí».
Y cogiendo la cabeza
de aquel fraile, de repente,
quedándose frente á frente
con extraña ligereza,
encomendándose á Dios,
dió un grito, llegó su... tía...
y se dice que aquel día
bendijo el fraile á las dos.

PREGON DE PUEBLO

De orden del señor alcalde
se prohibe en este pueblo
que las mozas y los mozos
se den en la calle besos,
porque es una acción mu fea,
que la repudia el congreso.
También prohibe el alcalde,
con el debido respeto,
que se juegue á la pelota
en las paeres del templo,
porque está detrás San Roque,
muy tranquilo con su perro,
y anteayer, á pelotazos,
lo tiraron de su puesto. (1)
Se hace saber que el domingo
vendrá el diputao al pueblo,
y como hay que festejarle
con música, se ha dispuesto
que se pasen tós los mozos,
cada cual con su estrumento,
pa fomentar una banda

(1) No darle con las pelotas
por detrás, á un santo serio.

que toque piezas en serio.
Los cuatro ó cinco ramales
que necesita este pueblo...
de carretera, pa darnos
ilustración y progreso,
nos los pondrá el diputao
pa que después lo votemos,
recordando esos ramales
que en seguida han de ponernos.
El que quitó las gallinas
del corral del tío Conejo,
está en la cárcel pa un mes,
y el amo vive contento
porque se llevó las aves,
pero le dejó los huevos.

SERMÓN DE GRACIAS

Nunca en mi larga carrera
subí al púlpito con tanto
placer, como al dar las gracias,
en nombre de San Pascasio,
á las almas religiosas
que en una función de teatro
han recogido los treinta
duros que tengo en mi mano,
para comprarle con ellos
un trajecillo de raso

y componerle las botas,
porque está casi descalzo.
Vuestro fin, hermanas mías,
es noble y humanitario,
pues demostráis vuestras almas
sencillas, con ese rasgo,
y seréis en la otra vida
premiadas, cual deseamos,
yo, que desde aquí os bendigo,
y él, que os está contemplando.
Pero ante esos treinta duros,
que recogísteis del teatro,
surge una duda terrible,
y á mis pies se abre un arcano...
¿Cómo humillar la alta frente
de nuestro Patrón sagrado
poniendo sobre sus hombros
milagrosos unos trapos
del producto de la juerga
y el ludibrio y el escándalo?
Eso, jamás... Por lo mismo,
con ese dinero insano
voy á comprarme un gorrino
que ya tengo apalabrado,
y que tiene cada loncha
que le hace pecar á un santo.
Y así, absorviendo yo todas
las culpas... ¡caiga el pecado
sobre mí!... mientras, risueño
y amoroso, San Pascasio
demuestra que no le ciegan
el lujo y el despilfarro.
Ahí lo tenéis, cada día
más tranquilo y más callado.

A él le piden las solteras
dos ó tres novios al año;
las viudas y las casadas
no dejan de marearlo;
y hay brutos que le amenazan
con pegarle un garrotazo
si llueve antes de que crezcan
los melones de secano.
Sea el amor vuestro guía,
tened amor al trabajo,
amad á vuestros parientes
y á vuestros primos cercanos.
Y rezad pidiendo gracias
eternas á San Pascasio,
y á ver si lo sorprendemos
con otra función de teatro.

¡SUBE, MARIANA!

Sube, Mariana, sube,
por aquella montañita arriba.
. . . . . .
(Cantar popular.)

Mariana: si la gente
te aconseja que subas diligente,
¿por qué no oyes mi queja
y atiendes, amorosa y obediente,
á todo el que á diario te aconseja?

Yo también he sentido
el deseo de ver cómo te elevas,
y no lo he conseguido.
Por lo tanto, te ruego que te atrevas
y subas de una vez; sencillamente,
por saciar el deseo de la gente.

(Yo sé que un alma insana
no deja de pegarle á la Mariana;
y la gente se *enoja*
viendo que es la Mariana manca y coja.)
Con doloroso acento
demuestra el *cantaor* su sentimiento
rogándote que subas, y tú, ingrata,
sigues «firme en tu asiento»
mientras él, con dolor, nos da la lata.

Sube, por fin, Mariana,
y demuestra que no tienes galbana;
sube, aunque bajes al siguiente día...
Sube, Mariana, sube, porque es justo
que nos des alegría,
ya que es mirarte arriba nuestro gusto.

Mira que si no subes, con la *tranca*,
aunque estés coja y manca,
te pegará el que á España te condujo...
Sube, Mariana, sube: ¡yo te empujo!

UN ITALIANO

¡Santa Madonna! ¡Deu meu!
Yo sono sacrificato
por le mie amore, y more
sin remechi; yo me mato.
Yo no sono ya dechente;
perduchi lo más sacrato
de la honori, le perduchi
toti... dineri, trabato...
y la cheductori, huyendi,
se ha perduchi, se ha alejato...
La morte trista prefieri;
morte por envenenatto,
porque valori no tingui
para ser despanzurrato.
Al recordoni sua facha,
su cabelli enmarañano,
la sua esprechono... ¡moro!
porque, ¿para qué negarlo?
Yo sono uno criminale...
¡Sono uno golfini, un guarro!
Porque en nochi tenebrochi,
arrastrini, entré en suo cuarto,
y ella dormichina... Al aire
tenía pernis e brachos,

y... ¡oh, dolore! ¡oh, dechechone!
Tan delgattos, tan delgattos
estaban, que parechían
dos chigarrinis de á cuarto.
Y ella gritó: «Sono tuya;
robi meu corpi, cherrano...»
La luna, trista; el chilenchi,
profundi... yo enamoratto...
¿Quién se rechistine? ¡Nache!
Pero en esto me dió un palo
suo pare; yo, furibundi,
saqué uno puñale largo
y le pinché siete veces
en le rebadille... Salto
furiochi; me torni loqui;
pongui los ojos en blanco,
y pido perdoni. Moro,
moro, moro, y no cristiano.
Y si ahora no me aplaudinin,
perduchi totti el trabato.

Historia de Luis Esteso

Historia de Luis Esteso,
poeta de poco sexo.
Este que digo, lector,
es un gran estafador.
Pues tiene el ingrato vicio
de vender *con artificio,*
para asombro de las gentes,
folletos *incandescentes.*
A pesar de ser tan feo,
nació á causa de un deseo.
Y como nació en porreta,
tiene arranques de poeta.
A la escuela iba de chico,
y era siempre el más borrico.
Pasando su tierna infancia
entregado á la vagancia.
Le salieron los colmillos
á falta de panecillos.
Y por eso sus parientes
han sido siempre sus dientes.
Como vivía en el vicio
le quisieron dar oficio.
Tomando la cosa á juego

fué lazarillo de ciego.
Y además de lazarillo
fué torero y monaguillo.
Como un muchacho decente,
ingresó de dependiente.
A los seis meses quebró
la tienda en que dependió.
En su propia diligencia
se marcha andando á Valencia.
Y diciendo que es artista,
se mete á monologuista.
La gente, al verlo tan feo,
le pega el primer meneo.
Pero Luis, que no se arredra,
se dirige á Pontevedra.
Disfrazado de novicia
recorre todo Galicia.
Y para aliviar sus males
quiere imitar al *Pernales*.
Después, para darse brillo,
se hace amigo del *Vivillo*.
Estrena una *gran zarzuela*,
que se la aplaude su abuela.
Hace otro *intento* después,
pero le *meten los pies*.
Y Luis Esteso comprende
que de zarzuelas no entiende.
Es su vicio más profundo
hablar mal de todo el mundo.
¿Distracción que más le agrada?
Tomar café con tostada.
Y si hay quien pague el café,
pide después un bisté.
Ha escrito varios romances,

donde cuenta sus percances.
Pero en ninguno pregona
que estuvo preso en Bayona.
Hoy recita en los *Salones* (1)
todas sus composiciones.
Y sin ser tonadillero,
canta con muy poco esmero.
Lo que más rabia le da
es ver que no hay buena *entrá*.
Este joven no se enfada
si le dan una palmada.
Ni aunque le den un meneo
le hace á nadie un gesto feo.
Ahora en el *Salón Madrid*
saldrá de nuevo á la *lid*.
Donde al luchar por el arte
no llevará otro estandarte
que el pendón de la alegría,
que es más triste cada día.
Esta es la historia completa
del miserable poeta
que se firma sin descaro...
Luis Esteso y López de Haro.

(1) De teatro.

PARECIDOS

Con distintos caracteres,
aunque se juzguen reíbles,
se parecen las mujeres
la mar á los comestibles.
Las gordas encorsetadas
son como los embutidos,
¡ay, qué ricas! Las delgadas
son pétalos desprendidos
del cajón de los fideos.
Las mimosas, mazapán
que excitan nuestros deseos,
y las risueñas el flan.
Las morenas, bacalao;
las pequeñas de estatura,
si tienen algo *delgao*,
(pa servir al señor cura).
Las enanas son las setas,
las buenas mozas, jamón,
las chismosas, alcahuetas
de difícil digestión.
Las embusteras, patatas
sin carne, con mucho caldo,
y las cojas y las chatas,

los entrecotes de saldo.
Las buenas son como el pan;
las gandulas, calamares,
y las niñas el faisán
que alegra nuestros pesares.
Las viejas son las ternillas
que, ni en sartén, ni en hornillo,
ni en cazuela, ni en parrillas,
hay quien les clave el colmillo.
Lengua estofada las viudas;
las feas, pan y tomate,
y por su suerte, las mudas,
bizcochos con chocolate.
Sorbetes las hembras frías;
las rubias, trozos de ganso;
y las gruñonas, judías,
que alborotan sin descanso.
Las sirvientas respondonas,
pasteles para un apuro,
y besugos, las patronas,
que tienen el ojo... obscuro.
Se podrá dar un banquete,
y lucirse un cocinero;
pero aquí se compromete
quién no tenga lo primero.
Un *bebestible* especial
que es popular en España,
una suegra... que es igual
que el agua de Carabaña.

LECTURAS

Yo aseguro que en España
todos leemos la prensa,
sobre poco más ó menos,
de la siguiente manera:
El País, ni sus paisanos;
la *Ilustración,* los horteras;
Los Sucesos, las patronas
con principio á dos cincuenta.
El Globo, los escritores
principiantes que no llegan.
El Liberal, las beatas;
las nodrizas, *La Saeta;*—
los ministros, *Mamarrachos;*
don Antonio Maura, *La Epoca;*
Romanones, *Sicalíptico;*
Gedeón, las amas secas;
don Valeriano, *El Fusil;*
Rojo y Verde, Nozaleda,
y los diputados, *Monos;*
todos *Monos,* menos Mella,
que lee *Nuevo Mundo,* y saca
lo que el negro. *España Nueva,*
los carcundas, y Soriano,
La Escoba. Los sacamuelas,

La Coz de Mula. Los viejos,
Chicharito, y las abuelas,
El Motín. El *A B C*,
los mudos que silabean;
el *Heraldo*, los ujieres;
y leen *La Correspondencia*
de España, los que reciben
los martes. Los de coleta,
Sol y Sombra. Alrededor
del Mundo, los que navegan
y las chismosas. Los cómicos,
El Préstamo. Los poetas,
El Rebuzno Audaz. Los sastres,
El Patrón. Los camareros,
El Trino. Los empresarios
de teatros, *La Voz de Cuenca*,
semanario en verso y prosa
con arranques de habanera.
Madrid Riendo, los tristes.
Los cursis, *Hojas Selectas.*
Los empleados, *El Cese.*
Los guapos, *Las niñas feas.*
Los sordos, *El Trueno Gordo.*
Los cojos, *Las dos muletas*,
y los tuertos, *Blanco y Negro;*
los ciclistas, *La Trompeta*,
y los ilusos, *El Cuerno*,
y *El Timbre*, los que desean.
Claro que los embusteros
no leen más que la *Gaceta*,
y yo leo lo que escriben
muchos cafres, que debieran
estar, por méritos propios,
tirando de una carreta.

LA COCOTE

MONÓLOGO ORIGINAL Y FRESCO

Gabinete de una Cocote *elegante; un velador junto á una mecedora, y sobre el velador cigarros y un mechero.* La Cocote, *casi al desnudo, leyendo una novela que bien pudiera ser* El asesinato de la cupletista «Ombliguete», *pero que no es, afortunadamente.*

Cocote. Nada; que estos novelistas eróticos van á terminar con mis nervios. Estoy definitivamente perdida. Y lo tonto es que, sabiendo mi debilidad, me engolfo en la lectura, y se me olvida hasta lo más interesante.

Hoy, ni me he bañado, ni me he perfumado... No, pues lo que es fumar, eso no sé como he podido resistirme con lo

que me distraen los cigarrillos egipcios...

(Toma del velador una cajetilla, *y enciende con un* mechero moderno.)

Y con lo que me gusta apretar el botón al aparato...

Y si con todas las cosas pudiéramos hacer igual, seríamos felices las mujeres...

Pero cuántas veces apretamos el resorte y nos falla la luz...

Como le pasa á la protagonista de esta novela...

Es una historia interesante; algo vulgar...

Pero ¿qué puede suceder á una cupletista que no sea lo que vemos?

Me parece que me cuenta su vida *La Mogrebina;* aquella muchacha desenvuelta, de ojos negros y boca lujuriosa, que me tuvo tan cerca de caer en la tentación... Y cuidado que tuve fuerza de voluntad, y todo por el deseo de saber; que por otra cosa...

Qué buen corazón tenía; se metió en el *varieté* por un seductor que le abrió el camino, y por salvar á su madre de la miseria.

Y á esta le ocurre algo parecido, aunque después el autor la lleva á un terreno que enagena...

Esto es atroz. *(Leyendo.)*

«La criada se detuvo en la puerta

sorprendida por un ruído extraño, y una ola de rubor le encendió el rostro. Le temblaba la tetera en la bandeja... Quiso gritar y se le secó la garganta; quiso decir ¿se puede? y no se podía... despegar la lengua del paladar; quiso humederse la lengua y no tenía saliva...

La respiración agitada de los enamorados era una revelación á toda luz... La vela se había apagado.

Los muelles del diván, cantantes y alegres, entonaban un himno al amor...

Los besos, sonoros y largos, se sucedían glotones...

El the se enfriaba impasible.»

(Dejando de leer y levantándose.)

Bueno, aquí la víctima era la criada; la criada y yo, que he tenido el valor de leer este libro en un día como hoy que espero la visita del hombre que más me excita en el mundo.

Y sin haberme arreglado.

Por más que, ¿para qué? Si no se atreve á decirme lo más mínimo.

Lo que más me choca es lo excitado que se pone en cuanto lo miro, y lo que le tiembla la mano cuando se la estrecho...

Como que á veces se la aprieto cariñosa, para darle pie, y no rompe.

Si es cierto lo de haber nacido bajo la influencia de un signo del Zodiaco, para diferenciarse espiritualmente, ese ha

nacido bajo la constelación de Tauro, que, según dicen, es el que da espíritus tranquilos y pensativos.

No; y bien mirado, cada uno de mis admiradores nació bajo un signo distinto.

Seguramente que Luisito, aquel calavera, vicioso y juerguista, nació bajo Cáncer, porque me comía viva.

Don Ramón el viudo, reinando Aries, que hace á los hombres testarudos, y amigos á poseer rebaños. ¡Y qué cabeza más gorda tenía!

Los dos presbíteros, que tanto me hicieron sufrir con sus oraciones y sus acometidas, habrán sufrido el influjo de Géminis, y el reflujo, que les hace ir por parejas, como los huevos pasados por agua.

Claro, que á aquel tabernero tan insoportable, lo presidiría Acuario, porque hasta en su bautizo faltó el líquido elemento.

Y así sucesivamente todos mis conocidos han nacido bajo un prisma distinto.

Al tendero de la esquina, lo presidió Libra.

Escorpio, al casero, que le mete á una el recibo cuando menos ganas tiene de recibir disgustos.

Leo, á los dominantes, como el Vizconde, que me echa á mí la culpa, cuando no puede con su alma.

Capricornio, á don Saturio el prestamista, que está hecho todo un Capricornio.

Sagitario, al vizco aquel tan retorcido, que para mirarme cara á cara, tenía que ponerse un espejo en el cogote.

Y yo... Yo no sé si nací reinando alguno de los signos restantes, pero si digo que Virgo, dirán que ¡Piscis!

Y me veré en la necesidad, poco decente, de añadirle otro signo al Zodiaco.

(Reparando en que suena un timbre.)

Calla, ya viene mi tormento. A tiempo llega. Como hoy no se decida, soy capaz de desabrocharme hasta la piel en un arranque de excitación nerviosa.

De seguro que por respetar al Vizconde se mantiene en postura tan difícil... Pero yo aceptaría por eso, por fastidiar al Vizconde. ¿Le han abierto? Sí... ¿Qué le dice á la criada?

(Mira por la puerta más conveniente.)

Mañana quito el diván del recibidor. Pero, ¿qué veo? ¿Se reproduce la escena de la novela?

¡Y el the se enfriaba impasible!

¡Yo estoy que ardo!

(Como leyendo.)

La respiración agitada de los enamorados, era una revelación á toda luz... La vela... La vela...

(Dejando de leer.)

¡La vela se la va á tener á estos sinvergüenzas, su padre!
Nada, yo no aguanto más;
ahora salgo y los sorprendo,
porque delante de mí
me parece poco serio.

(A los que deben estar dentro.)

¡Así quiere, con frescura!
¿Están sordos? ¡Buen provecho!

(Al público.)

Y ya que ustedes no puedan
desde ahí calmarme los nervios,
tengan compasión, y no
se vean como me veo.

JUICIO CRÍTICO

LUIS ESTESO

Donde quiera que vaya, al último rincón del mundo que llegue, allí arribará este hombre á una provincia de su imperio. Allí habrá hambre y habrá risa.

Pedro de Répide.

Reúne el protagonista de estas líneas la gracia y la desenvoltura de un chulo del Ava piés; es lo que pudiéramos llamar un tipo exquisitamente delicioso.

La lectura de su corta novelita *El asesinato de la cupletista «Ombliguete»* ha producido en nuestra pobre ánima algo de lo que en los corazones místicos produce la refocilación con el Ser Supremo. Para nosotros, lo sencillamente irónico es algo así como la base de la sanguínea circulación; porque la ironía tiene algo de rebelde y somos de los que tienen por lema de la vida periodística la rebeldía.

El diminuto libro del *Rey del hambre y de la risa*—que así se hace llamar Luis Esteso—es un continuo fustazo á esa pléyade de escritorzuelos que, faltos de energía, con los cerebros atrofiados por la continua lectura de novelones de Luis de Val, Pérez Escrich, Du Terrail y otros, se empeñan en encauzar nuestra moderna literatura á los derroteros rocambolescos, tan anticuados y pasados de moda, y que, lejos de instruir, enferman de la ataxia, que destroza los cerebros humanos.

Por eso sentimos una honda simpatía hacia el autor de *El asesinato de la cupletista «Ombliguete»*. Es un juglar que canta la ironía, ante el que nos rendimos los que nunca humillamos la cerviz: los rebeldes.

Los defectos de su librillo, ¿á qué sacarlos á relucir? No somos ni presumimos de Aristarcos; el autor no es un Homero ni un Sófocles; el libro no es la *Iliada* ó *Las Traquinias*, ni por mucho; así es que las censuras quédanse archivadas en nuestra frágil memoria, añadiendo que el libro es entretenido y que al lector le hace leerlo de una vez.

* * *

Pero es que Esteso no es solamente autor. Manifiéstase principalmente como actor, y sintiendo en su estómago desfallecido el picorcillo del hambre, con las protestas de su esófago, por el que no circulan substancias alimenticias, y con la risa en los labios, pasea su bohemia por toda España, conquistan-

do aplausos y haciendo reir á los públicos en los cinematógrafos y teatros.

Su vida errante no le impide dejar en cada población ó poblacho que visita algo que va entremezclado con los aplausos, y son estas líneas laudatorias á sus librillos y personajes, el complemento de su libre caminar, de su sacrosanta anarquía...

Es el juglar que pasea su arte por pueblos y aldeas conquistando aplausos con sus juegos picarescos y truhanerías; es el poeta hambriento que expende sus libros en forma económica; es el bohemio que no descansa en su caminar caravanesco en compañía de sus libros y de sus risas; es el Yorik popular y regio á la vez; es, en fin, la lucha prosaica por el cocido diario.

De su última estancia en Murcia nos quedará esta rebeldía, que parece que encierra un principio filosófico, cuando no representa más que un puntapié á los muchos animales que visten como las personas, viven y triunfan, mientras este poeta y artista se anuncia en cartelones, titulándose *Rey del hambre y de la risa*, buscando con ello el sustento del día.

Luis BENAVENTE

Murcia, Septiembre, 1910.

(De *La Región de Levante.*)

JUICIOS

La reata humana.
por Luis Esteso.

Luis Esteso colecciona, de vez en cuando, sus obras, y las vende en folletos que en toda España, y singularmente en los Madriles, donde goza de cierta popularidad, son muy solicitados. Así va el hombre viviendo, á cuenta del buen humor de los demás y del ingenio propio.

Su última obra *La reata humana*, es un libro grande, bien editado, compuesto, en su mayoría, de romances, con alguno que otro escape hacia el endecasílabo. Son versos ingenuos, desenfadados, sin pulir, propios de una musa fecunda y de una imaginación no amoldada á las exigencias del retoque. No se puede decir de la forma que sea impecable, la necesidad de escribir mucho excluye en Esteso todo afán de afeites. Pero sí hay que alabarle la inspiración, la gracia y la jugosidad, los vislumbres artísticos que se observa en el curso

de los romances, algunos de ellos dignos de un maestro en el género, y la facilidad con que produce.

Carrère ha dicho de Esteso que, de poner empeño, sería un excelente poeta satírico. Es verdad. Si éste no fuera un espíritu desordenado, aprovecharíase bien el Arte de él.

Como todos los cultivadores de la risa, Esteso esconde recatadamente sus dolores íntimos, que en ocasiones se adivinan, al través de sus versos jocosos. Pero esta mueca se desvanece pronto; las desvanece el lector, entre el estrépito de sus carcajadas.

En fin, Esteso merece un parabién por este nuevo volumen de *La reata humana*.

BENITO MARÍN.

(De *El Cronista*, de Málaga.)

LA REATA HUMANA
por Luis Esteso.

Y va de poetas.

Ya vemos sonreir, despectivo é irónico, á un lector ateneista y levemente parnasiano, al oir llamar poeta á Luis Esteso... ¿Por qué no, distinguido congrio? Yorick puede rimar renglones y es fácil que lo haga mucho mejor que tú. Ahora bien; Luis Esteso no es transcendental, con lo que se halla por encima de cualquier Ortega y Gasset de tres al cuarto.

La reata humana no se nos antoja un monumento, pero hace reir y lo pretende, al revés de otros libros que sin que lo pretendan, producen un efecto igual. Por lo que á nosotros respecta, confesamos que la obra nos ha hecho mucha gracia, y claro que nosotros somos muy inocentes, pero que la obra tiene gracia, es indudable.

SYLVANUS.

(Pro Arte.)

Luis Esteso
Encomienda 20 MADRID

3 0112 115866599

OBRAS DE LUIS ESTESO

La pobre Dolores, sainete lírico. Una peseta.
La influencia del tango, entremés lírico. Idem.
La loca, zarzuela. Idem.
Diálogos de teatro (contiene cinco). Idem.

A dos reales tomo.

Rebuznos de Luis Esteso.—Contiene 19, entre ellos El toreo, El tartamudo, Alma, Discurso de un ladrón, y otros.

El asesinato de la cupletista "Ombliguete,, novela terrorífica y de varietés, en la que se ve el fin trágico de una artista frescales y algo recreativa nada más.

Monólogos picarescos (tercera edición), con un juicio crítico de Benavente. Contiene El crimen, Pregón, Sermón místico, Reunión alegre, Mercado, y otros, hasta 22.

Lecherías de Luis Esteso (2.ª edición) Contiene 18, entre monólogos y diálogos de un sabor picante y fresco.

Monólogos excitantes.—Contiene El hortera cómico, El barbero, El tabernero, La buenaventura, Petición de mano, El carterista y sus timos, Conferencia, y otros.

Monólogos alegres.—Contiene Sermón burresco, La licencia, Recareda, Final de un drama, y otros, entre ellos **Vida y milagros de Luis Esteso,** y unas palabras de Carrere.

Quince romances en chufla.—Milagros de santos, Crímenes de ciegos, Parodias de oraciones, Escritos en estilo popular y regocijante.

Cartas amorosas, satíricas, de pésame y pidiendo dinero.

A dos pesetas.

La reata humana.—Alaridos plebeyos, en aleves romances, de mucha risa, gran picardía y algún dolor, para alivio de tristes.

De venta en las principales librerías, y Encomienda, 20, Madrid, á nombre del autor.